

El abandono de Pemex.

Heberto Castillo.

La industria madre de la economía mexicana ha sido víctima, a lo largo de su historia independiente, de la explotación sin medida del gobierno federal y del abandono del mismo. Sirve para proporcionarle recursos casi sin límite. Este año esperan de ella una exportación que traiga al país 10 mil millones de dólares gracias al aumento del precio del petróleo crudo y también a través de los inversionistas extranjeros, que ya pueden hacer suya la industria petroquímica como un paso fundamental para posesionarse en definitiva de la economía de México y disfrutar así a su arbitrio de todos los recursos naturales de su territorio.

Es Pemex la industria básica que puso el nombre de México en labios de todo el mundo en 1938 gracias a un gobierno nacionalista, revolucionario y reivindicador de los derechos de los pueblos eternamente explotados por las naciones desarrolladas, como lo fue el gobierno de Lázaro Cárdenas, que nacionalizó la industria petrolera, apoyado en obreros y campesinos conscientes de que con la expropiación rescataban para la nación recursos que eran suyos y que les permitirían superar los problemas del desarrollo de México como nación independiente.

Petróleos Mexicanos fue el nombre que recibió la gran empresa que emprendían aquellos obreros, a quienes todos auguraban en el exterior un rotundo fracaso técnico y financiero. Pronto demostraron, pueblo y gobierno, a los extranjeros que nos deseaban fracaso y a los connacionales que nos consideraban incapaces de manejar la industria eficientemente porque sufrían del complejo de la Malinche, que el ingenio, la responsabilidad y el amor por la patria eran atributos que permitirían a los trabajadores que llevaban años a las órdenes de capataces extranjeros no sólo seguir produciendo petróleo como los dirigentes extranjeros, sino remontar la simple operación de extraer petróleo y gas de los pozos y encontrar nuevos yacimientos, y desarrollar novedosos métodos de exploración y nuevas técnicas para refinar el petróleo y el gas y para desarrollar una de las ramas de la ciencia más importantes del siglo XX, la petroquímica, que aprovecha y no quema los hidrocarburos líquidos y gaseosos.

Por desgracia, los gobiernos que sucedieron a Cárdenas fueron declinando en el empeño de construir una infraestructura económica lo más independiente posible de la economía de nuestro vecino del norte y fueron cayendo en la cómoda dependencia industrial, tecnológica, científica, y; en los últimos tiempos, pese a todas las advertencias, agrícola y ganadera. Resultaba más fácil depender del norte y acudir a ellos para todo, que desarrollar nuestra planta productiva, agrícola, ganadera, industrial y comercial.

Se confundió la política de construir una planta productiva nacional, que satisficiera la mayor parte de las necesidades nacionales, con la protección indiscriminada de los industriales, comerciantes y prestadores de servicios nacionales. No se abrieron las puertas del mercado exterior gradualmente para desarrollar una capacidad competitiva. Se dieron en cambio asociaciones francas con grandes consorcios extranjeros y hombres de negocios mexicanos, usualmente funcionarios públicos o ex funcionarios.

Después de la aventura petrolera de José López Portillo, manipulado por un contratista sin escrúpulos como Jorge Díaz Serrano, que terminó en la cárcel por sus malos manejos, la industria petrolera mexicana quedó atada a los intereses de Estados Unidos a través de una deuda impagable, gracias a la mecánica agiotista del sistema financiero internacional.

Se ha llegado a la dolorosa situación de una industria petrolera embargada, de hecho, por Estados Unidos y con una deuda sujeta a un contrato que sólo puede ventilarse en los tribunales del vecino país del norte,

porque el gobierno mexicano renunció a su derecho de que en una controversia sobre el pago de esa deuda pudiera acudir a tribunales internacionales o binacionales.

Desde el gobierno de Miguel de la Madrid se establecieron las bases para la venta de Pemex al extranjero, bases muy simples: el abandono sistemático de las instalaciones y el olvido de las normas contra la contaminación y la protección de los habitantes en los entornos de las plantas productoras de los derivados del petróleo. Las consecuencias de esta política han sido la baja calidad de los productos que se elaboran y la repetición de accidentes fatales que cualquier sistema de control moderno habría podido evitar.

Los accidentes en San Juan Ixhuatepec en 1984, que costó cientos de vidas; el del sector Reforma en Guadalajara, años después con decenas de muertos y centenas de casas destruidas; el de Cactus, Chiapas, con varios muertos, miles de millones de pies cúbicos de gas quemados en la atmósfera, hace apenas unos meses, Y el del 11 de noviembre con más de 35 millones de gasolina quemada, tres bomberos y un empleado de Pemex muertos, revelan lo evidente de la política de abandono de las empresas del Estado y el terrible descuido en cuanto al cumplimiento de las normas de seguridad que debieran cumplir todas las instalaciones susceptibles de incendiarse o de estallar.

Resulta intolerable ya la eterna excusa oficial: se trata de errores humanos. Ahora Adrián Lajous afirma que, como hace unos meses en Cactus, las explosiones y los incendios - fueron varios- se debieron a errores humanos y no al abandono o falta de mantenimiento adecuado de las instalaciones. Es falsa esa reiterada excusa. Los errores humanos en plantas industriales modernas de cualquier tipo, incluso atómicas, no producen catástrofes, porque hay sistemas de control de esos errores humanos.

Lo que produce los frecuentes accidentes en las instalaciones de Pemex es la falta de un mantenimiento adecuado, como lo han denunciado reiteradamente los trabajadores petroleros en boca de su mismo dirigente nacional, el senador Carlos Romero Deschamps.

Hemos denunciado desde estas mismas páginas las deficiencias que tienen las instalaciones de las plantas petroquímicas de Pemex en el sur de Veracruz, de las instalaciones que quedaron en San Juan Ixhuatepec, Desde hace varios años, cuando se convino que serían desalojados los depósitos de combustible de esa zona -noviembre de 1986- y no se 'cumplió el acuerdo, hay un malestar permanente en los vecinos de la zona, malestar permanente y justificado porque las instalaciones no cumplen de manera alguna las normas de seguridad mínimas que existen para establecer depósitos combustibles altamente inflamables, como lo son las gasolinas que en San Juan se almacenan.

Es evidente que alrededor de las instalaciones de Pemex en San Juan Ixhuatepec se avicindaron miles de personas desde hace años. Nadie lo impidió. Están ahí desde hace 20 o más años. Ya hubo un accidente que costó alrededor de 500 vidas en 1984. El drama puede repetirse. El 11 de noviembre hubo un grave aviso de que puede ocurrir otro catástrofe como la de hace 12 años en cualquier momento. No es posible retirar a los habitantes de los alrededores.

Lajous dijo a la prensa que no se pueden quitar las instalaciones de Pemex de la zona porque costaría mucho dinero. ¿Habrá pensado cuánto cuestan las vidas y los bienes de los miles de personas que viven rodeando esas instalaciones? Parece que no.

Quienes se han embobado en la técnica solamente y consideran los conocimientos humanísticos simple complemento de la cultura del individuo, suelen pensar poco en los seres humanos que afectan los adelantos tecnológicos o las obras de ingeniería. Se preocupan sólo por dedicar su intelecto a encontrar quién puede traer la tecnología adecuada para competir con los grandes consorcios extranjeros.



Pero los seres humanos que viven en San Juan Ixhuatepec tienen derecho primigenio sobre las instalaciones de la empresa básica de México en San Juan Ixhuatepec. Habrá que sacar esas instalaciones de ahí. Y advertir a los vecinos de Azcapotzalco, por ejemplo, que por el abandono de los ductos y gasoductos que cruzan el sub suelo de la delegación, corren grave peligro sus bienes y sus vidas. Es hora de que se enteren de su situación. Hoy que no hay incendio.

Hay que exigir colectivamente que no se abandone más a Pemex y que no sufra más exacción a manos del gobierno, de la Secretaría de Hacienda, que le quita de sus ingresos brutos por concepto de impuestos directos e indirectos, dejándolo sin recursos para mantener adecuadamente sus instalaciones.

Mañana puede ser muy tarde para reclamar, los muertos no resucitan, muertos se quedan como ahora quedaron ahí esos muchachos heroicos, los tres bomberos y el empleado de Pemex que dieron su vida para evitar que el incendio se propagase.

El 11 y 12 de noviembre se quemaron 35 millones de litros de gasolina, pero el drama no pasó a mayores. Puede ocurrir ahí una explosión que acabe con la vida de miles. Puede impedirse si hay buen juicio de las autoridades. Si hay responsabilidad. Recordemos el sabio adagio popular: Más vale prevenir que lamentar.